

V.
Personajes bíblicos que figuraron á María y al Sacerdote.

Uno de los principios de la teología es que la naturaleza ha sido hecha para la gracia. Supuesto esto, es lógico que el mundo de la gracia se encuentre de alguna manera en la naturaleza, ó como imagen, ó como reflejo, ó como sombra, pero siempre de tal modo, que el misterio viniendo á revelarse, ó el acontecimiento á cumplirse, no puede ser visto como una novedad, ó como un caso fortuito, sino como la realizacion de una cosa presentida de antemano. Así es como en virtud de este principio, Jesucristo, la Iglesia, el sacerdocio cristiano y todas las obras maestras del orden sobrenatural, fueron entrevistas y saludadas en edades lejanas, y que la historia de la Virgen, en particular, ha sido escrita, por decirlo así, con anticipacion. Los autores sagrados que han querido trazarla más tarde, despues de su vida sobre la tierra, no han tenido mas que recojer en los siglos anteriores los rayos esparcidos de su divina belleza. Tal es el sentimiento de San Leon el Grande, de San Bernardo, y de muchos otros, cuyos testimonios hemos ya citado. [1]

Hasta aquí no hemos tomado los emblemas, los símbolos y las semblanzas, sino en el círculo de hechos ó fenómenos puramente físicos. Nos resta

[1] Leo Mag. Serm. 10. de Nativ. c. 4.

penetrar en el mundo de las inteligencias, consultar á la historia, ver cómo las mujeres que ilustraron la casa de Israel por sus virtudes, y sobre todo, por su mision sublime, hayan figurado las virtudes y la mision de María, y por analogía, las virtudes y mision del Sacerdote.

La primera hija de Eva que tuvo el insigne honor de figurar á nuestra Reina, fué Sara. [1] Sara tuvo á su hijo Isaac de una manera milagrosa, pues que segun las leyes ordinarias de la naturaleza no podia tenerlo; lo que trajo una grande alegría á su corazon: "El Señor me ha sonreido, dice, y los que conozcan mi felicidad, se regocijarán conmigo. ¿Quién hubiera creido jamas que se viera á Sara amamantar un hijo en su ancianidad?" [2]

Es muy fácil ver en estas líneas como un bosquejo del gran misterio de María, de su maternidad divina, acaecida contra toda prevision y fuera de las condiciones ordinarias de la vida. Lo anormal no venia por la edad, pues María estaba en lo más florido y en la fuerza de su juventud, sino en el voto solemne y perpetuo que encadenaba su libertad. Sin embargo, concibe sin que su voto sufra el más ligero deterioro; y dando al mundo el Deseado de las naciones, puede, como Sara, cantar el

[1] S. Bern. Hom. 2. sup. Missus n. 4. Fulbertus serm. de Nativ.

[2] Gen. c. 21. v. 6. 7.

himno de honor, improvisar el *Magnificat*, aquel canto divino de todas las victorias. Pudo aun con más verdad decir: El Señor ha obrado verdaderamente en mí maravillas; (1) todo el que las conozca me aplaudirá, [2] porque hoy he concebido la alegría para los ángeles, la gracia para los justos, el perdón para los pecadores. ¿Quién no se sorprenderá viendo á una virgen hecha madre, sin haber perdido nada de su virginidad, viéndola amamantar en su seno á Aquel que nutrió á todos los seres, y llevar en sus brazos á Aquel que los cielos no pueden contener? (3)

Preguntaremos ahora: ¿cuál es el sacerdote, que teniendo conciencia de su propia nada y de la inefable sublimidad de su carácter, no experimenta la misma sorpresa y las mismas turbaciones? Su trasformacion de ignorante en doctor infalible, [4] de peccador en juez de las conciencias, de enfermo en médico de almas y de los corazones, ¿no es este el mismo prodigio, que hizo reverdecer la árida ancianidad de Sara, y concilia en María dos cosas que humanamente se niegan y se rechazan? ¿Dónde está la proporcion entre la esterilidad de su natura-

[1] S. Luc. c. 1. v. 46 y 47.

[2] Ibidem. -48.

[3] Offic. B. V. M.

[4] No hablamos del Sacerdote en particular, ni aun del Obispo considerado aisladamente, sino del sumo Sacerdote, del Pontífice Romano hablando ex cátedra.

leza y la fecundidad de su apostolado? ¿Qué relacion podrá encontrar la razon más atrevida entre tanta bajeza y tanta grandeza? Y sin embargo el hecho existe, brillante, luminoso, permanente, innegable. De pié sobre el altar, el niño de ayer, Sacerdote hoy, interpela á los cielos, y á su voz, los cielos se abren y el Verbo encarna místicamente entre sus manos, y el pueblo de rodillas adora el misterio. Ah! ciertamente él tambien puede entonar el cántico de honor, porque conoce las santas embriagueces del cáliz: *qui lactificat juventutem meam*.

Segun Alberto el Grande, Canisio, San Antonino y muchos otros, la segunda figura profética de la Virgen María, fué Rebeca, de quien la Sagrada Escritura hace el retrato en estos terminos: "Niña extremadamente graciosa, muy hermosa, desconocida de todo hombre." Rogada por Eliezer, criado de Abraham para darle de beber, ella le presenta el cántaro inclinado sobre su brazo, diciéndole: "Beba mi señor, y despues daré tambien de beber á vuestros camellos." Despues, en el momento de partir para unirse á su esposo, sus hermanos de infancia le manifestaban los votos más cordiales. "No olvidéis que eres nuestra hermana, le decian; puedas tu crecer en mil y mil generaciones, y tu descendencia poseer las tierras de sus enemigos." [1]

[1] Gen. c. 24. v. 16, 18, 59, 60.

No se dirá esto una miniatura anticipada de nuestra divina Virgen? Su belleza incomparable, no habia sido celebrada por los profetas, siglos antes de su concepcion? Escuchad sus acen- tos entusiastas: ¿Quién es la que se levanta como la aurora que nace, bella como la luna, brillante como el sol? [1] Lo que el Génesis dice de Rebeca,—María, contestando al arcángel Gabriel, ha podido afirmarlo: *Quia virum non cognosco*. De su co- razon divino, como de una urna abun- dante brota el agua de la gracia que ella ofrece, no solo á los criados de Abra- ham, es decir, á los justos, á las al- mas santas, á los corazones castos, á los fieles amigos de Dios, sino tambien á los camellos, es decir, á los pecado- res, á las almas degradadas, á los co- razones marchitos por el sopro abra- sador de las pasiones. Nunca se ha oido decir que ella haya rehusado esta agua benéfica á alguno. (2) En el dia de sus nupcias eternas, cuando deje el suelo natal para ir á unirse con su ce- leste esposo, la humanidad entera, viéndola sostenida por las alas de los ángeles, exclamará como los compañe- ros de Rebeca: No olvidéis que sois nuestra hermana! Nunca lo ha olvidado; y ved por qué desde lo alto del cielo tiene siempre la urna inclinada hácia la tierra; ved por qué extiende sobre la tierra más y más su imperio sobre los corazones.

[1] Cant. c. 6. v. 9.

[2] Memorare.

Otro tanto hace el sacerdote. Co- locado por el Sacramento del Orden en la fuente de todas las gracias, su deber, como la necesidad más im- periosa de su corazon, es sacarla de allí. De hecho lo está haciendo con- tinuamente; y constantemente presen- ta la copa refrigerante á los labios abrasados de Eliezer y de sus anima- les, es decir, á los que se la piden, y á los que no se la piden, á los jus- tos y á los pecadores, y más á éstos que á los primeros, porque su sed es más grande, su necesidad más impe- riosa. Hé aquí el único fin de su ce- lo, de sus trabajos, de sus sacrificios, de las fatigas de su apostolado, y de todo lo que constituye la belleza de su mision. Sacada de la verdadera fuente, su doctrina, siempre pura, no conoce transacciones vergonzosas, com- promisos sacrílegos, alianzas con la mentira ó con el error, *quia virum non cognosco*. De esta agua doctrinal, límpida y vivificante, decia el Salva- dor: "Cuando de ella se ha bebido, mas aún se quiere beber." (1)

No hay que buscar en otra parte el ascendiente y atractivo que desde su origen ejerce el Sacerdote sobre los pueblos: él tiene palabras de vida, tiene la urna de las aguas que bro- tan de la eternidad. (2) Este ins- tinto popular muy amortiguado en los grandes centros en que la revolucion

[1] S. Juan. c. 4. v. 13.

[2] Ibidem v. 14.

reina como Señora, está, gracias á Dios, muy vivo, en las pequeñas poblacio- nes. Se les ve ostentarlo el dia en que el Señor va á un pueblo á tomar á su Eliacin en alguna familia de labradores ó artesanos para coronarlo con el Sa- cerdocio y hacer de él el ministro de sus altares. Todo el país parece tomar parte en el honor hecho á alguno de los suyos; se le prodigan al jóven levita las felicitaciones que Rebeca recibió dejando la casa paterna. Pequeños y grandes, ricos y pobres, le gritan desde el fondo de su corazon: No olvideis que eres nuestro hermano. Vuel- ve á tu suelo natal la amistad que tu- vo hácia tí. Anda, sacerdote: anda á combatir á los enemigos de la Igle- sia de Dios. Extiende hasta los últi- mos confines del mundo el imperio de la virtud y del amor divino.

No hay casi mujer bíblica que no recuerde algun rasgo de la augusta Virgen y del Sacerdocio real de Jesu- cristo. En la esquisita belleza de Ra- quel, en la fecundidad de Lia, en la bravura de Dévora conduciendo los ejércitos á la victoria, en la fría reso- lucion de Jael clavando á golpes de un martillo un clavo en las sienes de Sísara, enemigo de su nacion, ¿quién no verá simultáneamente á María y al Sacerdote, tipos de la belleza sobre- natural y moral en presencia de las fealdades producidas por el pecado, promotores de les ideas y de las obras fecundas, siempre armados en guer-

ra contra el infierno y sus satéli- tes? [1]

(Continuará.)

Quienes son los que hablan mal de la Religión.

Un general se encontró en un wa- gon de primera clase con una Señora que se preciaba de incrédula. Se en- tabla la conversacion:

—Señora, le dice el general, habeis leído las conferencias de Frayssinous?

—No Señor, respondió la Sra., es la primera vez que oigo ese nombre.

—Y los estudios filosóficos de Au- gusto Nicolas?

—Tampoco, Señor.

—¿Y el conocimiento de Dios por Bossuet?

—Mucho menos.

—Al menos habeis leído alguna obra de controversia donde se en- cuentran las razones que los católi- cos dan en favor de su religion?

—Jamás.

Continuó la conversacion, y el ge- neral pudo persuadirse que nada ha- bia leído de sustancia, y si, algunos artículos de periodicos y algunas no- velas de Eugenio Süé, de Paul de Kock y otros de la misma calaña.

(1) Otros muchos comentadores se extienden en sus simbolismos con otra multitud de heroínas como Abisag, la Sunamitis, Bersabé, Ester, Judit, ect., ect.

Sin embargo la Señora continuó en llamarse incrédula: el general no le contradijo.

—Señora, le dijo por fin, os aseguro que no sois incrédula.

—¿Que soy pues, decidme?

—Simplemente una ignorante Señora.

Cuántos de los que declaman contra la religion merecen esta respuesta del general á aquella viajera en el wagon de primera clase! Nada conocen de religion, ni leen libros algunos que se las haga conocer; y por esto, si la denigran, si la rechasan, no es por que sean incrédulos sino ignorantes.

Hace mucho que un gran filósofo dijo *Poca ciencia separa de la religion, y mucha, conduce á ella.* Es lo que se ha demostrado recientemente con un Ingles cuyo nombre se registra entre los más célebres de la nobleza de su país, Lord Ripon, actual representante de la Gran Bretaña en las Indias Orientales.

Hace cinco años Lord Ripon era francmason, y las logias que lo consideraban como el más entendido de sus adeptos, le habian encargado un trabajo que tenia por objeto escribir una obra para demostrar la falsedad del catolicismo.

Lord Ripon, para corresponder á su cometido, recorrió y ojeó las bibliotecas con ardor; pero en lugar de hacer el libro que se le pidió, se presentó una mañana á las puertas de los Padres del Orato-

rio, diciéndoles: "Quiero ser católico, y por lo mismo, pido el bautismo." Se le interrogó para asegurarse de su deseo é instruccion, y quedaron convencidos de la ciencia del catecúmeno, confiriéndole desde luego el bautismo, como está autorizada la Iglesia de Inglaterra para hacerlo en idénticos casos. Cuando se le mandó que firmara en el libro de los registros la partida de su bautismo, los Padres del Oratorio quedaron sorprendidos al leer el nombre del gran enemigo de la Iglesia. "Sí, yo soy, les dijo, pero para lo de adelante yo la serviré."

No ha faltado al juramento de su bautismo como otros tantos poderosos del dia que hay entre nosotros; y más todavía: la Providencia le ha dado el gobierno que cuenta más habitantes paganos hereges ó católicos que los que tiene la Francia, porque la reina de Inglaterra lo ha nombrado Virey de la India!

Estudad la religion: la amareis, la respetareis.

Si no la conoceis, no habléis de ella.

DEFUNCION.

El dia 27 del pasado falleció en Teuchitlan el Sr. Cura propio D. Ricardo Sánchez.

R. I. P.

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos:

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

Tom. 3. Guadalajara, Febrero 22 de 1881. NUM. 14

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

ENCICLICA

DE NUESTRO SANTISIMO SEÑOR LEON

POR DIVINA PROVIDENCIA

PAPA XIII,

A todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos del orbe católico que están en gracia y comunión con la Sede Apostólica.

Venerables hermanos: Salud y apostólica bendición.

Como la ciudad santa de Dios, que es la Iglesia, no está circunscrita por límites de ninguna region, tiene la fuerza difusiva de su fundador para dilatar cada dia más *el lugar de sus tiendas y extender las pieles de sus tabernáculos.* [1] Estos acrecentamientos del pueblo cristiano, aunque principalmente son obra de la íntima asistencia

y ayuda del Espíqitu Santo, pero extrínsecamente tambien se logran por obra de los hombres y segun la humana costumbre: dado que quiere la sabiduría de Dios que todas las cosas sean ordenadas y conducidas á su fin por aquellos modos que convienen á la naturaleza de cada una de ellas. Ni es una solamente la especie de los hombres y de los oficios por cuyo medio se obtiene el aumento de nuevos ciudadanos á esta Sion terrestre. Aunque el principal lugar corresponde á aquellos que predicán la palabra de Dios: esto lo enseñó Cristo con sus ejemplos y oráculos; sobre esto insistia el Apóstol Pablo en aquellas palabras: *¿Cómo creerán á aquel que no oyeron? ¿Y cómo oirán si no hay quien predique?..... La fé, pues, viene por el oido, y el oido por la palabra de Cristo.* (2) Este oficio, pues, pertenece á los que legítimamente son iniciados en los sagrados ministerios.—Pero no prestan ciertamente poca ayuda ni leve alivio á éstos, aquellos que suelen ora prestar sus auxilios externos, ora

[1] Is. LIV, 2.

(2) Rom., X. 14. 17.